

APRENDAMOS DE LA HISTORIA. A PROPOSITO DE UNA EVENTUAL CONDENA DE LA TEOLOGIA LATINOAMERICANA

José Ignacio González Faus

RESUMEN

Motivado por un documento atribuido al Cardenal Ratzinger en el cual se condena a la teología latinoamericana, el autor parte de lo que en su opinión es el punto más importante de dicho texto, la tímida e insólita confesión de la culpa concreta de la Iglesia en el tema de los pobres. El artículo insiste y abunda desde una perspectiva histórica y teológica muy aguda en las insinuaciones del Cardenal Ratzinger sobre el pecado de la Iglesia en este punto con el objeto de que esas insinuaciones no se vuelvan una mera excusa para otros fines, sino en punto de partida para la acción.

El autor duda de si el mayor peligro que amenaza hoy a la Iglesia en América Latina es precisamente la llamada teología de la liberación o no serán más bien determinadas lacras, muy arraigadas y nunca combatidas. Esto se puede afirmar cuando ha sido precisamente la teología de la liberación la que ha roto con la larga tradición de incredulidad de los intelectuales latinoamericanos y cuando la praxis social derivada de la doctrina social de la Iglesia ha sido mucho más evangélica en los ambientes derivados de la teología de la liberación; mientras que la derecha eclesial ha disociado doctrina y práctica social, secuestrando la primera. Finalmente, el autor analiza la influencia del marxismo en la teología de la liberación, su manera de usarlo y la aceptación de elementos válidos. Este es un tema candente dentro de la teología latinoamericana, sobre todo por ser una de las acusaciones que con más frecuencia se le hace. El autor afirma que la condena que se le quiere arrancar a la Iglesia con ese supuesto "comunismo" de la teología de la liberación y en nombre de la libertad, se hace en nombre de aquella libertad repudiada por Pablo como una "excusa para el egoísmo." La tesis que aquí se defiende es aprender de la historia, la cual en el fondo y para un cristiano, es algo parecido a "creer en el Espíritu Santo."

El objetivo de estas líneas no es analizar los contenidos del escrito que algunas publicaciones atribuyen al Cardenal Ratzinger, y que emite una condena global y poco matizada sobre la teología de la liberación. Este análisis de contenidos ha sido hecho ya por Josep Vives en un artículo anterior.¹ El objetivo de mi escrito es analizar más bien el significado *del hecho mismo* de tal hipotética condena, en el caso de que ésta se produjese. Y ello por una doble razón.

(a) La existencia misma de la ciencia histórica nos ha acostumbrado a ese tipo de análisis, por ejemplo, la actitud de Roma en las horas de la Reforma es analizada hoy por los historiadores de manera más objetiva y más aleccionadora de como la explicaban las exposiciones de auto-defensa apologética, propias de unos siglos antes.

(b) La obligación que tiene el cristiano de buscar la voluntad de Dios en la historia y para la historia nos obliga a los creyentes a hacer esos análisis ya en el momento mismo cuando los problemas se plantean, cuando todavía es posible encontrar la voluntad de Dios y evitar errores, en lugar de dejar tales estudios exclusivamente a los historiadores del futuro.

1. Una confesión valiente, pero demasiado tardía

En todo este contexto, y en mi opinión, el punto más importante del Documento cuya existencia analizamos, es la tímida e insólita confesión de la culpa concreta de la Iglesia en el tema de los pobres.² Sin el grave pecado de la Iglesia en este punto, y si los pobres fueran el centro de la Iglesia (como pide el evangelio) y ésta fuera verdaderamente la casa de los pobres, nunca se habrían producido —según el Documento— los supuestos errores de que acusa a la teología de la liberación. Así lo concede disimuladamente el texto que comentamos.

1.1. No hay confesión sin propósito de enmienda

Lo único triste es que esta valiente afirmación sea pronunciada en un momento y lugar en que ninguna consecuencia práctica podrá extraerse de ella, puesto que el Documento no la utiliza como advertencia seria, o como una llamada desesperada a la conversión de este pecado, sino únicamente como mera oración concesiva, que *sólo* sirve para dar entrada a la afirma-

ción central (lo rechazable de la teología de la liberación), y para dar cierta apariencia de equilibrio a esa afirmación central, que es *la única que apunta a la práctica en el Documento*.

Este es el juego de fuerzas que un análisis histórico puede ayudarnos a modificar. Y tal modificación es necesaria puesto que la confesión del Cardenal Ratzinger es de tal envergadura (y más por venir de quien viene, y por ser casi la primera vez que se oyo tal concesión en tales alturas de la Iglesia), que ella misma desequilibra ese pretendido juego de fuerzas y reclama convertirse en afirmación central: ese pecado reconocido es *lo primero* que debería corregir la Iglesia entera, como primera medida (y quizás *única* medida eficaz) contra la teología de la liberación. Saltarse esa primera medida, tendría estas dos consecuencias.

(a) En primer lugar, y hablando evangélicamente, sería un nuevo pecado, pues ¿qué duda puede haber de que el espíritu de las Bienaventuranzas exige primero *no dar motivos* al error, antes que simplemente *dar palos* al error? Bueno será por tanto sacar la viga de los propios ojos, antes de meternos a limpiar los ojos de los demás.

(b) Pero además sería —políticamente hablando— un error. Nuestro mundo está lleno de situaciones sobre las que cualquier analista elemental se ve obligado a decir que no se las resuelve porque se busca para ellas soluciones *policiales*, cuando en realidad sólo tienen soluciones *políticas*. Tan repetido es este hecho que la frase que distingue entre policial y político ha pasado en muy poco tiempo de ser una distinción aguda a ser un tópico sobado. Y si la confesión del Cardenal Ratzinger es cierta, entonces estamos ante un caso semejante.

De cara, pues, a evitar este primer error, las líneas que siguen quisieran insistir y abundar en las insinuaciones del Cardenal Ratzinger sobre el pecado de la Iglesia en este punto, para que dichas insinuaciones no se conviertan en *mera* excusa para otros fines, sino en punto de partida para la acción.

1.2. Un pecado impenitente

Porque, en el caso concreto de América Latina, ese pecado es particularmente grave, y además prolongadamente “habitual.” Para no remontarnos a la ya lejana época de la conquista, o al célebre sermón de Montesinos en 1511,³ o al

El Cardenal Ratzinger hace una tímida e insólita confesión de la culpa concreta de la Iglesia en el tema de los pobres.

célebre —esta vez tristemente célebre— Ginés de Sepúlveda (temas estos a los que he aludido en otros lugares,⁴) para las dimensiones de este artículo bastará con evocar y meditar la estremecedora frase del obispo de Michoacán, Abad y Queipo: “tal parece que los españoles trajeron Cristo a América para crucificar a Cristo.”

En mi opinión (y si no fuese por los infinitos profetas triturados cuya lista comienza con el mismo A. de Montesinos) habría que reconocer que “tal es lo que ha parecido en América Latina,” hasta que surgió la quizás la llamada “teología de la liberación.”⁵ Y como único ejemplo de esta afirmación, bastará aquí con comparar dos textos, coetáneos ambos, de la época de la independencia. El primero es del edicto promulgado por el católico virrey de Nueva España, Francisco de Croix: “Sepan los habitantes de esta Nueva España que habéis nacido para callar y obedecer, y no para discurrir y opinar en los altos asuntos del Gobierno.” Argumentación en base a la cual se mantenía la esclavitud, el latifundio y el crudelísimo “impuesto” de las castas bajas a las clases altas.

Compárese ese texto con el famoso manifiesto de Valladolid, del cura Miguel Hidalgo, el 15 de diciembre de 1810: “Abrid los ojos, americanos, no os dejéis seducir de nuestros enemigos: ellos no son católicos sino por política, su dios es el Dinero, y las comisiones sólo tienen por objeto la opresión. ¿Creéis acaso que no puede ser verdadero católico el que no esté sujeto al déspota español? ¿De dónde os ha venido este nuevo dogma, este nuevo artículo de fe?” Un texto en base al cual, propugnaba Hidalgo, junto con la independencia de México, la abolición de la esclavitud (que también la perseguía Bolívar junto con la independencia de Nueva Granada), más la supresión del impuesto de castas y el reparto de la tierra.

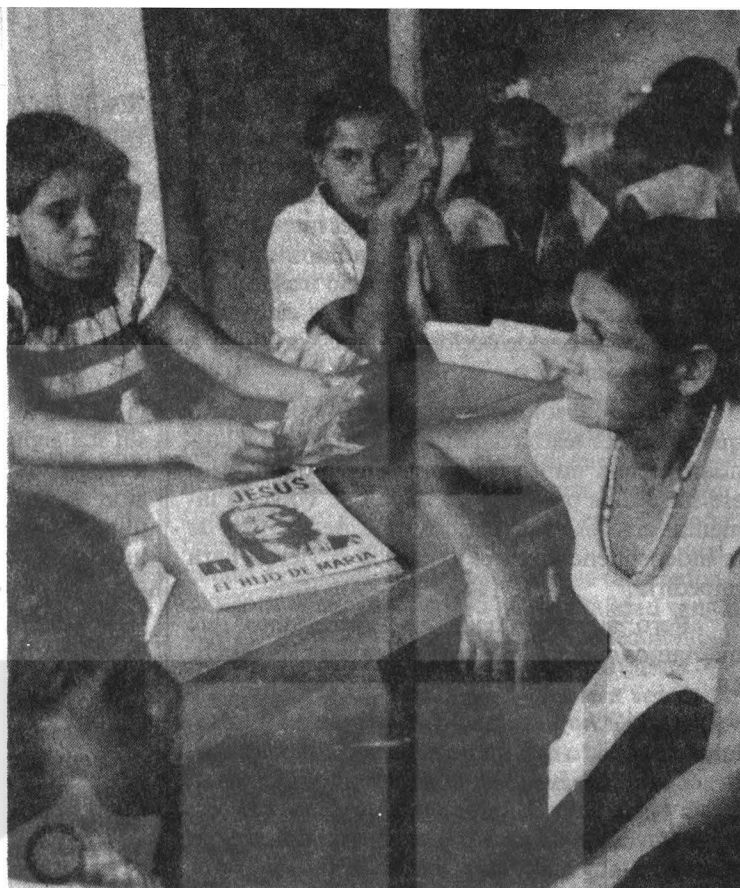
En estos momentos no juzgamos toda la conducta de Hidalgo, sino sólo la teología del párrafo citado, porque es un ejemplo eximio de esos momentos cuando la historia se vuelve maestra de la vida. De las palabras citadas de Hidalgo, brotan transparentes y copiosas —como parece brotar el agua de cualquiera de los grandes ríos latinoamericanos— tres lecciones que Roma haría bien en no desconocer hoy, cuando

la historia parece repetirse. Tres lecciones a las que aluden las tres siguientes frases del Manifiesto de Valladolid: “ser católicos por política,” “su dios es el Dinero” y “ese nuevo dogma de que para ser católico hay que ser español.” Una palabra sobre cada una de estas tres lecciones.

(a) “Ser católico por política” es uno de los grandes pecados de la América Latina actual. Quiero aludir como único ejemplo, más bien cómico, a una “alta dama” salvadoreña que se hizo protestante durante la época de Mons. Romero, volvió a la Iglesia católica tras el asesinato del arzobispo y en ocasión de la visita del papa a El Salvador anduvo presionando por la nunciatura para que ésta prohibiese (al margen del arzobispado de San Salvador) un *poster* preparatorio de la visita papal que reproducía una fotografía del papa al lado de Mons. Romero. Hasta que lo consiguió.

Este ejemplo, por supuesto, es sólo una anécdota cómica, de las que ninguna institución puede impedir que alguna vez se produzcan en su seno, dada la complejidad infinita del ser humano. Pero la lección teórica ya no es meramente cómica, y podemos formularla así, los ricos tenderán y han tendido siempre a utilizar la religión en defensa de su riqueza y a manipular (hasta inconcientemente) a la Iglesia para ello. Y el mayor peligro que amenaza hoy a la Iglesia en América Latina no es el de ser “tonta útil” del comunismo (ese puede ser un primer peligro para los países del este, en todo caso), sino el de ser “tonta útil” de ese mecanismo de los ricos.

En cualquier caso, y ahondando más en la lección teórica, la política es inseparable de la religión, tanto como pueden serlo otras dimensiones y otros instintos de la persona. Y la peor manera de hacer política es desconocer esa inseparabilidad, y pretender que “no se hace política.” A la Iglesia no le queda más remedio que preguntarse delante de su Señor *cuál* es la política que hace, sin querer evadir esa pregunta del Señor con la excusa de que “no hace” ninguna política. Hoy la ciencia humana ha forjado notables herramientas semióticas para analizar los lenguajes y los códigos significantes y en este contexto la Iglesia ha de tener sumo cuidado para que no le muestren que, cuando decía “hacer pastoral” (como algo propio de su misión), esta-



Ese pecado reconocido es lo primero que debería corregir la Iglesia entera como primera medida contra la teología de la liberación.

ba significando en realidad “hacer *política de derechas*.” Y cuando decía “no hacer política” (como algo ajeno a su misión) estaba significando en realidad “no hacer política *de izquierda*.” Porque hoy —repito— los meros análisis lingüísticos se han vuelto sumamente penetrantes y pueden evidenciar esto con demasiada facilidad.

(b) “El dios Dinero.” Al igual que en los tiempos bíblicos, hoy debemos afirmar que, en el mundo occidental donde la libertad religiosa está mucho más reconocida (y algo más practicada) que en el este, la gran tarea y el gran problema del cristianismo no es afirmar la existencia de Dios contra el ateísmo, sino garantizar la identidad del Dios Vivo contra la idolatría. Porque hoy existen en occidente mil falsos dioses que pretenden afirmarse a la sombra del Dios bíblico, el cual es precisamente “un Dios celoso” que no tolera equiparaciones, porque sabe (y así se revela) que todos los demás dioses son dioses de muerte para el hombre, y sólo El es un Dios de Vida para el hombre. Como saben los mediana-

mente eruditos, este es uno de los temas más queridos de la última teología latinoamericana. Pero ahora, aquí, no nos interesa el tema teológico, sino la constatación sociohistórica. Hoy “existe” —también en Europa, pero sobre todo en América Latina— el dios Mammón a quien no se puede servir junto, ni menos identificado, con el Padre de Jesucristo (Mt. 6,24); existe —como en tiempo de los romanos— el “dios del imperio” con el cual hubieron de chocar irremediablemente los primeros mártires del cristianismo, y que yo me voy a atrever a calificar (para nosotros cristianos occidentales) como “el dios de Ronald Reagan,” el omnipotente que autoriza toda clase de tropelías, toda violación de normas internacionales de convivencia y sanciona toda intervención en países independientes o todo apoyo a gobiernos criminales, con esa pecaminosa distinción entre “autoritario” —que son los crímenes que protegemos porque nos favorecen a nosotros y todo cuanto nos favorece es bueno— y “totalitarios” —que son los crímenes que he-

mos de combatir no porque sean totalitarios sino porque afectan a nuestros intereses—... existe el dios que bendice todas esas conductas con tal que sean *en defensa de los intereses* de Estados Unidos. Y no ya de los intereses “en el interior” de Estados Unidos, sino de los pretendidos intereses *en el exterior*, en ese repetido “patio trasero” de la propia casa, como Estados Unidos califica al resto de los países de occidente, y en particular a América Latina.

Es pues absolutamente preciso y perentorio que cualquier texto romano sobre la teología latinoamericana no dé la impresión de defender a ese falso dios para que no haya que volver a lamentar errores ya cometidos durante la época de la independencia, y que tampoco sirvieron para impedirlos.

Pero además queda el tercer punto que queríamos comentar de la proclama de M. Hidalgo.

(c) *Sólo hoy* (no en 1810) parece estar absolutamente claro que no hace falta ser español para ser católico. En 1810, el gobernador Francisco Croix (y no sólo él, también los obispos que excomulgaron al héroe) sostenía y practicaba lo contrario, sin haber sido nunca condenado por ello. Mientras que hoy el problema (que quizás será evidencia dentro de otros 150 años, pero que a la Iglesia, por fidelidad al evangelio, le interesa que sea verdad *ya hoy*) es si hace falta ser capitalista para ser católico, y, en concreto, con esas formas de capitalismo liberal, tantas veces condenadas por la Iglesia, y más concretamente señaladas como anticatólicas por el documento de Puebla.⁶

Se me objetará que mi misma alusión a la Doctrina Social de la Iglesia ya suministra respuesta a la pregunta: no sólo no hace falta, sino que es un obstáculo el ser capitalista para ser católico y que, por tanto, estoy fingiendo un falso problema, quizás insidiosamente. Con ello hemos de pasar a un nuevo apartado de este primer capítulo: el referente a la Doctrina Social de la Iglesia y su relación con el “pecado” reconocido por el Cardenal Ratzinger. Pero antes de pasar a ese nuevo apartado, permítaseme una última observación, puesto que antes he dicho que el pecado de olvido de los pobres (reconocido por el Cardenal Ratzinger) en América Latina no era sólo grave sino “habitual,” prolongado en la historia.

1.3. Un pecado por el que Dios puede castigar un día a América Latina

Y nada hace más daño a la Iglesia que sus propios pecados cuando se prolongan en la historia. La dañan más que los ataques y las persecuciones de otros. He aquí un dato que hoy se ha vuelto evidente para el historiador y para el teólogo. Pues hoy es innegable que, por muy pecador que fuera o pudiera ser Lutero, la ruptura de la Iglesia en el siglo XVI no se habría producido sin los siglos precedentes de pecado eclesial, de simonía, de corrupción del clero y de mundanización de la jerarquía. Hoy es innegable que, por muy pecador que fuera o pudiera ser Miguel Celulario, la separación de oriente no se habría producido sin una larga historia previa de autoritarismo, falta de respeto e intervencionismo papal innecesario, agravados por la excomunión extemporánea que lanzó el Cardenal Humberto. Como, para mí, se ha hecho personalmente innegable que, por muy pecadora que fuese la Segunda República Española, aquel absurdo estallido de crueldad y de persecución religiosa no se habría producido sin el clamoroso pecado social de la Iglesia (y en concreto, de la jerarquía) española durante los cien años anteriores. Un pecado que no lograron compensar unas cuantas excepciones admirables y martirizadas.

Surge pues, inevitablemente, la cuestión de qué daño puede haber hecho a la Iglesia latinoamericana ese pecado reconocido por el Cardenal Ratzinger. Aquí diferirán los análisis, dada la gran religiosidad del pueblo latinoamericano. Yo quisiera señalar que esta referencia puede ser un argumento especioso, pues ese escándalo de la Iglesia ha dañado por lo menos a los *fermentos* del pueblo y éste es el camino más seguro para que llegue también a éste, en cuanto adquiera dos gramos de cultura. En el museo de historia de Chapultepec, el visitante puede presenciar un célebre mural de Clemente Orozco, el gran pintor mexicano. Un mural intitolado “la reforma y la caída del imperio” y que —como muestra su título— es una especie de meditación sobre la historia de México. En la parte derecha del mural, un monstruo maniatado con gorro de obispo y golpeado por un soldado, representa la oposición de la Iglesia a Benito Juárez, por el absurdo enfeudamiento tácito de la jerarquía con aquella momia que era el emperador Maximiliano. En la parte inferior del mural, sosteniendo el cadáver de Maximiliano, aparece... el arzobispo Labasti-

da y Dávalos. Estas imágenes —como otras aún más duras del Hospicio Cabañas de Guadalajara— alimentan día a día las mentes de infinitos niños mexicanos que las visitan en sus horas de estudio. Yo he presenciado a muchos de esos niños tomando apuntes en sus cuadernos ante estos cuadros. Y si algo redime a la Iglesia mexicana de su efecto demoleedor, son precisamente estas dos cosas: (a) la presencia de Hidalgo y de Morelos con su hábito clerical y con el pendón de la guadalupana, entre las masas independentistas y (b) la posterior persecución que purificó a la Iglesia, pero que tampoco “cayó del cielo,” sino que se fue cociendo en la trama de las causas históricas.⁷ Y si de los museos pasamos a la universidad, la evidencia se hace todavía mayor.

En el caso de Simón Bolívar, cuyo centenario está aún reciente, queda el Testamento del Libertador, como muestra de devota profesión de esa fe católica en la que quiso morir.⁸ Pero a la vez quedan otras mil anécdotas que el muchacho venezolano aprende junto con aquélla. Bolívar —por ejemplo— fue una de las tres únicas personas⁹ que —estando a la sazón en París y siendo casi un muchacho— se negó a asistir al acto de coronación de Napoleón por el papa Pío VII, uno de los actos de mayor debilidad de un papa ante los poderes de este mundo, y del que no podría decirse que fue “exclusivamente pastoral,” aunque Pío VII lo redimiera con su tardía resistencia y persecución posterior. Para un joven de escasos años a quien comenzaban a abrirse las “promesas” del mundo, el acto de Bolívar era expresión de una resistencia interior que ni ante la figura del papa se detuvo.¹⁰

Y otra de las anécdotas a que me refería: cuando Bolívar era rechazado, no sólo por virreyes, sino también por jerarquías eclesiásticas, se defendía argumentando, estoy luchando por recobrar los derechos que el Creador dio a estas gentes.¹¹ Esa defensa de algo religioso (derechos dados por el Creador) ocurría a través de conflictos inesperados con los representantes de lo religioso. Y este es otro dato que configura el aprendizaje y la mentalidad del muchacho latinoamericano de hoy.

Sirvan estas anécdotas como pura advertencia de que el mal causado por ese pecado de la Iglesia que hoy, quizás tardíamente, reconoce el Cardenal Ratzinger, no debería minimizarse. Pues sus efectos pueden estar incubándose todavía y —desde fuera de la Iglesia. Ese pecado es *muy*

aprovechable para los poderes de este mundo. Ojalá que Roma no olvide nunca aquella “imprudencia” de Mussolini, cuando en un discurso y retomando ideas de Maurras, opuso “la pequeña secta judía nacida como tantas otras en aquel clima ardiente, análoga a la de los esenios,” a “la poderosa organización de la Iglesia que no habría podido desarrollarse hasta que el Sermón de la Montaña fue pensado de nuevo por Roma.”¹² Cuando un poder de este mundo formula algo así queriendo hacer una alabanza, es mucho peor que cuando lo formula un Dostoyevski o cualquier otro profeta que pueda ser unilateral porque quiere hacer una crítica. Por consiguiente, es indispensable que ese mal no se repita. Y para mí resulta muy sintomático que, siendo América Latina un continente tan profunda y totalmente católico, su intelectualidad venga siendo ya desde hace tiempo una intelectualidad no creyente (o al menos no eclesiástica). Este dato sociológico es el que —por primera vez en la historia, desde la independencia— había sido quebrado por la actual teología de la liberación. Y este mérito sí que no puede negársele.

1.4. No se perdona todo con decir “somos hijos de Abraham” (Lc. 3.8) o “éste es el Templo del Señor” (Jer 7)

Tras esta reflexión debemos volver a la pregunta que dejamos pendiente, el paralelismo antes insinuado, entre la identificación que antaño favoreció de hecho la conducta de la jerarquía (ser católico y ser español), y la que hoy podría favorecer *también de hecho* (ser católico y ser capitalista) quedaría desmentido por *la palabra* misma de la Iglesia, cuyas doctrinas sociales han condenado, y muy duramente, al capitalismo (en la *Laborem Exercens* incluso más duramente que al marxismo).

Semejante argumento puede ser cierto en teoría, pero ya he insinuado que no me lo parece *en la práctica*, dada la innegable falta de audiencia actual de la Doctrina Social de la Iglesia: una crisis que puede ser equivocada, pero que sería poco honrado no reconocer. Entre las causas de esa crisis quiero citar dos, para fijarme más en la segunda.

La primera causa de esa crisis de la Doctrina Social es el asombroso secuestro que la misma derecha eclesial ha hecho de esas enseñanzas, con una astucia que ciertamente le falta a la izquierda, acatándolas verbalmente como el hijo mayor

de la parábola quien aseguró ir a la viña del padre y luego no fue (Mt 21,29); dándolas astutamente por ya cumplidas por el hecho de que uno se llamara católico, en lugar de miraras como fronteras que impedían llamarse católico a cualquiera que no entrase por ellas. Y luego, con este doble paso, relegándolas cuidadosamente al baúl de los recuerdos silenciados y perdidos. Este tema no es nuevo. "En Italia los periódicos realistas pasaron la Encíclica en silencio. En Francia los dos únicos periódicos católicos mostráronse discretos y la prensa neutral más aún." Este texto se refiere a 1891. "Leyendo la prensa burguesa se ve que el documento pontificio fue acogido muchas veces con disgusto. En Francia la mayoría de los periódicos se limitaron a resumir la encíclica en treinta líneas en las que sobre todo se insistía en el pasaje sobre el derecho de propiedad." Este otro texto se refiere a 1931.¹³ Por eso es bueno recordar que ya Pío XI y precisamente en la encíclica de condena del comunismo, como si fuera una de las causas de éste, denunciaba "a esos industriales católicos que no han dejado de oponerse al movimiento obrero recomendado por Nos mismo."¹⁴ Sería interesante saber qué diría aquel Pío XI que le comentaba a Cardijn que el gran escándalo de nuestro tiempo era que la Iglesia hubiese perdido a la clase obrera,¹⁵ el que lo gritaba: "por fin viene alguien a hablarme de la masa. La masa necesita de la Iglesia y ésta de la masa. Una Iglesia formada únicamente por los ricos ya no es la Iglesia de Nuestro Señor: El ha fundado su Iglesia sobre todo para los pobres"¹⁶... ¿Qué diría aquel papa si hubiese presenciado el verdadero "obsequioso" silencio con que el mundo del poder ha sepultado la *Laborem Exercens* sin duda la mejor encíclica social de todas las enseñanzas sociales de la Iglesia?

Esta es una primera causa de la crisis de la doctrina social católica. Pero en mi opinión existe otra quizás más grave: Se trata de la incoherencia de la misma *práctica* social de la Iglesia con su *doctrina*. Y por eso quise abundar en la objeción antes formulada. El pecado contra los pobres, que reconoce el Cardenal Ratzinger, no es simplemente —ni precisamente— un pecado de las bases de la Iglesia. Es sobre todo un pecado de la jerarquía, y ahí está el gran mérito de su

actual reconocimiento por el purpurado. La misma "praxis social" de la Iglesia ha ignorado su propia "doctrina" precisamente en el momento en que —tras Medellín, Puebla y la *Laborem Exercens*, y con la crisis de los dos sistemas imperantes en el mundo— podría haber sonado su hora. Dicha praxis social ha sido más escandalosa en estamentos más altos. ¿Qué alta instancia eclesiástica se atreve a reconocer que, para ella, son dogmas prácticos evidentes, el salario *familiar* (no el mínimo legal) como de justicia conmutativa, la hipoteca social de toda propiedad productiva... hasta el simple trato *fraterno* con los asalariados, en lugar de serlo los contratos paternalistas, a veces ilegales, clandestinos y sin seguridad social, o las inversiones indiscriminadas que llevan a escándalos conocidos de todos y jaleados por la prensa? Y curiosamente, esa praxis social ha sido mucho más evangélica en los ambientes derivados de la teología de la liberación y puede asegurarse que ésta es la verdadera causa de su éxito (mas que la presunta contaminación ideológica, que parece preocupar al Cardenal Ratzinger). En el fondo, es, pues, posible que haya aquí un conflicto de prácticas más que de teorías. Y por eso sería un error para la Iglesia querer resolverlo meramente en el campo de la teoría.

Por todo esto, yo me permito dudar si el mayor peligro que amenaza hoy a la Iglesia de América Latina es precisamente la llamada "teología de la liberación," o no serán más bien determinadas lacras, muy arraigadas y nunca combatidas, que yo quisiera no tener que denunciar por amor a América Latina, pero que se hace necesario evocar aquí, por la temática de este artículo. Existen brotes de "simonía" o pseudosimonía no por más camuflada menos ofensiva de Dios. Clama literalmente al cielo que, en un país sacudido por la crisis económica al nivel dramático en que están siendo sacudidos los países tercermundistas, haya curas que puedan obtener más de mil dólares mensuales (independientes de sus otros ingresos) sólo de prestaciones de los fieles por bendiciones, novenas, aguas benditas, velas, entierros, rezos y otras prácticas de un sacramentalismo desviado. Mil dólares en una capital latinoamericana, suponen una cuota de ingresos que

A la Iglesia no le queda más remedio que preguntarse delante de su Señor cuál es la política que hace, sin querer evadir esa pregunta del Señor con la excusa de que "no hace" ninguna política.

habría que multiplicar por 3 ó 4, para traducirla a la comprensión del primer mundo. Mil dólares que convierten además a determinadas parroquias en un botín por el que pelear, más que en una plataforma de servicio, y acaban por establecer trágicas diferencias de clases en el estamento que más debía dar el testimonio de la fraternidad, el estamento clerical. Y no basta con argüir que esas prácticas son inevitables porque nacen de la voluntad de la gente y revelan un gran amor de las masas a la Iglesia. Si nacen de la voluntad de las gentes, sólo Dios sabe si en esa voluntad de los desesperados hay más de recurso a Dios que de búsqueda de “lotería.” Y si revelan un gran amor de las masas a la Iglesia, también su aceptación puede revelar una gran falta de amor de la Iglesia a los hombres. Por eso se hace necesario aplicar aquí más bien las duras palabras de Jesús contra los escribas: “devoran las haciendas de las viudas mientras fingen entregarse a largos rezos” (Lc 20,47). Y aunque se me pueda decir que esta lacra está menos extendida que la teología de la liberación, responderé que está más consentida y es más escandalosa. Y ello engendra el peligro de



que Roma (a la hora de nombrar obispos por ejemplo) esté atenta a evitar sobre todo a los “socialmente conflictivos,” y no ponga tanta atención ni dé tanta importancia al aspecto “pesetero” del clero. Y es claro que esta práctica, de la que hay algo más que indicios —a veces lamentada incluso por algún obispo— se vuelve gravísima en América Latina, donde la pobreza, por imperativo de la historia, no es mera cuestión de “supererogación” o de “consejo evangélico” para sólo los religiosos o para sólo unos pocos, sino que se vuelve *articulus stantis aut cadentis fidei*, cuestión en la que se juegan los hombres su ser o no ser cristianos, tal como apuntaba el Documento de Puebla.¹⁷

En mi opinión, estos u otros semejantes —y no la teología de la liberación— son los grandes peligros que amenazan hoy a la pureza de la fe cristiana en América Latina. Si la teología de la liberación ofrece algunos flancos vulnerables (cosa en la que este escrito deliberadamente no entra), éstos no podrán ser atacados directamente en sí mismos, sino sólo atacando *su raíz y su causa*, como ha sido siempre la norma de todo buen hacer cristiano. Lo contrario, y dada la gran razón que se le ha concedido de entrada, sería proceder antievangélicamente, pues equivaldría a apagar la mecha humeante y quebrar la caña cascada (Mt 12,20).

¿Qué alternativa, pues, ofrece la Iglesia a lo que ella misma reconoce como gran pecado suyo? He aquí la pregunta a la que nos conduce nuestra primera reflexión. Pues sólo presentando esa alternativa se podrá evitar toda otra falsa alternativa. De lo contrario, no le quedaría a la Iglesia más solución que la misma que puso en práctica la teología veterotestamentaria, luego que no supo dar solución al gran pecado de la infidelidad a Dios de parte de Israel (infidelidad que consistió mucho más en la injusticia práctica que en la idolatría teórica): tener valor para reconocer que Nabucodonosor, o cualquier otro que pueda ser causante del exilio o el destierro para el pueblo de Dios, no es meramente un enviado del infierno, sino un “siervo de Yahvé” (Jer 27,6). He aquí el verdadero problema al que nos ha llevado la confesión del cardenal Ratzinger.

2. El tema del marxismo

Aun sin entrar en los contenidos del documento de Ratzinger, cualquiera sabe que la cuestión del marxismo está debajo de cualquier ata-

que a la teología latinoamericana, aun bajo las formulaciones más diversas, distinción entre ateísmo y teoría económica, asunción del análisis marxista, amalgama entre Cristo y Marx, reducción de la teología a teoría sociológica...¹⁸

Hay aquí un problema que puede chocar con razón a la mentalidad europea y que hay que tratar de explicar. Pero él observador imparcial reconocerá también que hay algo de extraño en la acusación, porque esgrimir una tal acusación en momentos de crisis histórica del marxismo, reconocida por los mismos marxistas confesionales, más bien equivale a tratar de tonto al adversario que de perverso. Por eso, en el capítulo siguiente se hará necesario ver también qué es lo que hay detrás de tales acusaciones. Ahora vamos a explicar la génesis del problema, que aclara mucho de lo que en él choca a una mentalidad europea.

Una vez convertidos del pecado que hemos comentado en el capítulo anterior, los teólogos latinoamericanos se vieron en la necesidad de contar con instrumentos de análisis para la acción. Pues es sabido que el evangelio nos da los imperativos, pero no las herramientas con que realizar esos imperativos. Y es también sabido cómo los primitivos programas de la naciente teología de la liberación, por los últimos sesentas, insistían en que la teología había de ser un pensamiento transformador para la vida y no simplemente consolador para el teólogo.

Ahora bien, la doctrina social de la Iglesia, sobre todo hasta finales de los 60, abundaba más en descripciones patéticas e imperativos morales, que en análisis clínicos del mal. Era, pues, preciso buscar el instrumento de análisis donde fuese. Y he aquí que el único instrumento de análisis que se encontró, porque era el único existente, fue el marxista.

2.1. La manera de usar el marxismo

Y de ahí también la facilidad con que se echó mano de él. En el tercer mundo este tipo de recursos, o de "transplantes de herramientas," son tan frecuentes como necesarios para la supervivencia, y además se practican con una notable creatividad artesanal, de la que ya suele carecer el obrero del primer mundo, una creatividad que sabe modificar las herramientas al utilizarlas. El tercer mundo no dispone del perfecto utillaje tecnológico a que está acostumbrado el primero. Y lo necesita mucho más, porque muchas de sus máquinas suelen ser de segunda mano, renquean

ya, y han sido gastadas antes en el primer mundo. Aquí la imaginación suple y muchas herramientas se utilizan con suficiente éxito para finalidades para las cuales quizás no estaban pensadas. Valga un ejemplo de lo más vulgar, pero suficientemente claro, un tubo de goma de cualquier ingenio de riego no está hecho para repostar los coches. Pero puede servir para hacer un sifón y llenar el propio coche con gasolina de un coche amigo, allí donde no hay tantas gasolineras como en Europa y donde la gasolina se consume también y el depósito se vacía y se hace igualmente necesario llegar al término del viaje. *El ingenio sabe suplir la desadaptación de los medios*, es lo que queremos decir.

Y valga este ejemplo tan elemental para ilustrar el tema de la asunción del marxismo, aunque se puede reconocer además que algunos de los análisis de Marx (por ejemplo los referentes al uso social de la religión como encubridora de la injusticia) tienen mucha más vigencia en la América Latina del siglo XX (más semejante a la Europa del XIX, de acuerdo con la teoría misma de los "países subdesarrollados"), que en la Europa del siglo XX donde —bien o mal— ha llovido mucho en los últimos cien años.

Por esta razón se recurrió al marxismo. Pero en este apartado, además de evocar esa génesis, quisiera subrayar más bien esto otro, hoy en día, la asunción de elementos marxistas que de hecho se da en la teología de la liberación, no es mayor (ni dicha teología necesita más) de la que hay en las tres grandes encíclicas de Juan Pablo II, en la *Redemptor Hominis* y en la *Laborem exercens* sobre todo. Y es prácticamente la misma que hay en los textos de Medellín o de Puebla. Esta serie de rasgos, cuya enumeración será ahora imperfecta y sólo puede hacerse de manera indicativa, pero no exhaustiva ni sistemática, comprende la caracterización de la miseria como situación antinatural, de opresión; la idea de "alienación" en el trabajo; la denuncia de que el hombre está al servicio del capital, cuando el capital debería estar al servicio del hombre; la negativa a que la religión funcione como sancionadora de este estado de cosas; el reconocimiento de la legitimidad de la lucha y la resistencia de parte de la clase obrera que había sido bárbaramente agredida por la configuración de la sociedad capitalista... Todos estos son los elementos "marxistas" de la teología de la liberación, que se encuentran como digo, junto a otros más y hasta con más cercanía de lenguaje; en las encíclicas de Juan Pablo II, el

cual constituye un ejemplo tanto más válido de la posibilidad de esa aceptación, por cuanto sus palabras provienen de un hombre víctima del marxismo "real." 19

Aparte de estos elementos aludidos, se suelen señalar otros dos como mucho más graves y más característicos de la infección marxista de la teología de la liberación. Y son la promesa de un cierto mesianismo intrahistórico y la aceptación de la violencia como agente del cambio social. Pero, en mi opinión, el primero de estos elementos, más que del marxismo proviene de la clásica tentación milenarista a que tan proclive es el cristiano cuando se convierte (como debe convertirse) a la historia. Y en todo caso, la historia misma se encarga de desmentir todo intento de confundir la fuerza teológica de los pobres con una fuerza intrahistórica, y revela con ello que la maldad de esta historia (también de la historia que suele llamarse cristiana) es mucho mayor de lo que los hombres tendemos a conceder. Por esta razón, el peligro milenarista sólo está realmente presente en las obras primerizas de fines de lo sesenta.

En cuanto al otro peligro hay que decir algo parecido. La tentación de canonizar la violencia tampoco es específica del marxismo, sino de la naturaleza humana: la palabra "cruzada" fue inventada precisamente por los cristianos, y hemos tardado mucho tiempo en darnos cuenta de que era blasfema. Por otro lado, la cerrazón de la actual situación latinoamericana es tal que vuelve absolutamente inútil la clásica pregunta de hasta qué punto éste o aquél país caen dentro de los límites circunscritos por la doctrina clásica de la "guerra justa" o por la *Populorum Progressio*, o por pastorales como la de los obispos nicaragüenses en 1978 o los obispos españoles en 1937... Tales análisis morales no proporcionarían ninguna respuesta (como tampoco la proporcionarían hoy en Polonia, o en Checoslovaquia o en Afganistán), dado que la vecindad del "coloso" del norte, convierte lo que, a lo mejor podría ser "moralmente legítimo" en "históricamente inviable." En cambio, los teólogos latinoamericanos (cosa muy poco marxista) han insistido en las posibilidades del cristianismo para humanizar situaciones de una violencia fatal, que ellos no habían provocado.

Aclarada esta dificultad, se hace preciso retomar nuestras reflexiones sobre la aceptación de "elementos" marxistas. También aquí, la historia vuelve a convertirse en maestra de la vida.

2.2. El problema de la aceptación de "elementos válidos" a lo largo de la historia

Cualquier católico de comienzos de siglo se quedaría hoy estupefacto al constatar cuántos elementos de análisis exegeticos, presentes en obras como las de un Loisy (*L'Évangile et l'Église, o Le quatrième Évangile*) son hoy patrimonio común de exegetas católicos y de su lectura del Nuevo Testamento. Mirado globalmente, y a grandes distancias, cabe decir que el proceso de aceptación se ha impuesto insensiblemente, como una evidencia que se abre camino, incluso sin que las "vallas protectoras" de la *Pascendi* o el juramento antimodernista hayan podido impedirlo. Y sin embargo, —esto es lo importante— tales exegetas son hoy católicos fieles que no comparten los errores teológicos de un Loisy. Lo triste de esta historia que hoy ya se vive en tranquila posesión, es que la comisión bíblica, queriendo arrancar la cizaña teológica de un Loisy, intentase arrancar también el trigo de la ciencia exegetica, simplemente por no tener un poco de paciencia para dejar llegar el tiempo de la sazón y de la siega. Con ello no se le hizo un servicio ni al evangelio ni a la imagen que la Iglesia da al mundo. Y este error venía ya desde mucho antes de los tiempos de Loisy, venía por lo menos desde Richard Simon (1638-1721) el oratoriano verdadero precursor de todo lo referente a la moderna ciencia exegetica, quien hubo de soportar la incompreensión y la persecución, y cuyo silencio forzado fue causa de que luego la ciencia bíblica fuese a nacer en el terreno mucho más malsano del protestantismo liberal, causando innegables problemas a la Iglesia.

En cambio, se ha dicho muchas veces que la obra hagiográfica de los bolandistas era una gloria de la ciencia católica. Se ha dicho en *nuestros días*, naturalmente. Porque cuando nació hace tres siglos, no dejó de causar sacudidas aquella sobria destrucción de mitos piadosos, los cuales no por ser piadosos dejaban de ser mitos (he aquí la gran lección aportada por los bolandistas). Y ciertamente no pensaban lo mismo que nuestros modernos apologetas aquellos inquisidores españoles que (por presiones de los carmelitas, molestos porque los bolandistas negaban su ascendencia de Elías) condenaron las obras de los bolandistas como "heréticas *haeresi sapientes*, cismáticas, escandalosas y gravemente ofensivas para muchos papas."

Y con la política ocurre algo parecido a lo



que pasa con la ciencia. Todo el mundo sabe hoy que a la *Piazza de S. Pietro* se accede por la ampulosa y mayestática *Via della Conciliazione*. Lo sorprendente es cómo pudo imponerse ese nombre. Y el mayor sorprendido sería sin duda el buen benedictino Dom Torti, subarchivero de la Santa Sede y autor de un folleto titulado precisamente así (*La conciliazione*), en el cual propugnaba la solución que más tarde se impuso para el problema de los estados pontificios. Se sorprendería hoy, porque, en la época en que apareció su folleto, se vio inmediatamente depuesto y fulminado por el papa reinante.

Y sería tentación para mí hacer ahora alguna ironía en la cual se hable de alguna nueva sede de la congregación de la fe del mañana, a la cual se acceda por una *Via della Liberazione*... Pero el tema es demasiado serio para permitir estos respiros. Más moderado será suplicar a la Iglesia que, por amor a Dios y a sí misma, tenga paciencia histórica y no permita que a la teología de la

liberación le ocurra lo mismo que a aquella "Mística ciudad de Dios," de Sor María de Agreda, condenada por el santo Oficio en 1611, rehabilitada por Inocencio XII, vuelta a condenar por la Sorbona etc., etc. Porque son muchos los obispos que hoy apoyan a esta teología (asumida en Medellín y respetada en Puebla), y esto es cuanto menos un indicio de que la situación no está históricamente madura para una actuación de altas instancias. Y porque, con gran probabilidad, una condena que necesariamente habría de ser genérica y vaga, para no ser generalizadora e inexacta, no podría tener más efecto del que tuvo el famoso *Monitum* del santo Oficio contra Teilhard de Chardin en los albores del Vaticano II, o la condena de los teólogos "kerygmáticos" que luego fueron casi los autores del Vaticano II. El único balance de una tal condena sería con toda probabilidad el siguiente: retrasar la hora de la discusión y el camino por el que se va abriendo paso la verdad y echar una nueva paletada de descrédito sobre la Iglesia del mañana.

Este es, naturalmente, un pronóstico histórico particular, que no puede tener verificación inmediata, pero al que no considero infundado. En cualquier caso, las consideraciones que lo avalan nos llevan a otra reflexión más seria sobre lo que, en un momento como el presente, parece pedir-sele a la Iglesia.

2.3. Qué pide Dios a la Iglesia

Ya hace muchos años que el papa Inocencio XI escribió a Cristiana de Suecia: "la fuerza no ha vencido nunca a la herejía, sino que siempre la ha propagado."²⁰ La gran sabiduría histórica de estas palabras ha sido confirmada demasiadas veces por los hechos. Y a su luz cabe decir que lo que se le pide al magisterio en una situación como la actual, no es que niegue sino que afirme, no que condene la supuesta mentira, sino que exponga simplemente la luz de la verdad, no que mate sino que vivifique. Los ejemplos antes comentados del cura Hidalgo (que no son únicos, puesto que no ha habido tiempo para hablar del también clérigo Rizal, padre de la independencia filipina...) hacen ver que cuando una causa es justa, resulta precipitado desautorizarla por algunos detalles particulares, mientras no se haya salvaguardado globalmente su justeza. Y hacen ver que nada hay peor que dejar reivindicaciones clamorosamente justas en movimientos o culturas a los que uno tiene por sospechosos. La Iglesia no convirtió al paganismo anatematizándolo por sus errores, sino tratando de asumir y rededir sus verdades. Y todos podemos estar de acuerdo al menos en que la teología de la liberación es algo más cercano al evangelio de lo que era el paganismo. En ella se alberga la justísima y santa reivindicación de algo que es de lo más entrañable en el "depósito" de la Iglesia, y también de lo menos aceptado en el catolicismo actual: "Esos pobres a los que tanto desprecian han sido puestos por Dios como sus tesoreros y recaudadores generales... La Iglesia no ha sido construida sino para los pobres. Los ricos, como tales ricos, son admitidos en ella sólo por tolerancia." Estas palabras, que podrían pasar por un resumen de la teología de la liberación, no son de Gustavo Gutiérrez ni de Jon Sobrino. Son mucho más antiguas. Tampoco son de un latinoamericano, ni siquiera de un fraile que vivía "en barrios"... Son del obispo Bossuet, en su "Discurso acerca de la eminente dignidad de los pobres en la Iglesia." Y éstas son exactamente las palabras de las que hoy se le está pidiendo a la Iglesia que abjure, que las arroje

del depósito de la fe que ella debe conservar. Y quizás se está tratando hasta de comprarla para conseguir eso. Porque la historia enseña también que, a lo largo de la vida de la Iglesia, una preocupación agresiva por la ortodoxia ha sido muchas veces la manera de tranquilizarse la conciencia ante una vida que, en cuestiones de comodidad mundana, de riqueza etc., no se acercaba demasiado al evangelio. Sobre este punto, y por volver a los ejemplos simbólicos, ¡cuántas cosas no tendría que confesarle hoy el Cardenal Mazarino a San Vicente de Paúl a quien hizo la vida imposible mientras el santo era simplemente Monsieur Vicent...!

Y esto nos lleva al último punto de nuestras reflexiones, lo que parece estar detrás de muchas demandas de condenaciones, y en concreto detrás de la acusación, simplificada y nada matizada, de "recaída en el marxismo."

3. Algunos factores extrínsecos al problema, pero de los que no es posible prescindir

Decíamos hace un momento que levantar la acusación de "marxismo" precisamente en la hora en que el marxismo "real" atraviesa su mayor crisis histórica, equivalía a suponer más tonto que perverso al acusado. Pero queda por ver si esto mismo no puede suponer algo en el acusador. En mi opinión sí que es así, y la historia parece confirmarlo también.

3.1. El marxismo como "palabra tabú"

La acusación de marxista o de comunista no se hace en realidad con una intención precisa de designar *realidades concretas*, sino porque esas palabras son "palabras tabú." La sociología muestra hasta qué punto las palabras cargadas de tabú son imprescindibles para la vida y la defensa de los grupos sociales. Juegan un papel aglutinador y facilitador. Unen al grupo y facilitan su reacción al eliminar todos los matices que tantas veces paralizan la acción. Típico de esas palabras tabú es la vaguedad de los límites y la indefinición del contenido, porque no son palabras con "logos," hechas para hablar a la razón, sino palabras con carga eléctrica, hechas para desatar las pulsiones de la persona. A lo largo de la vida de la Iglesia, la palabra "bruja" fue durante mucho tiempo una palabra tabú: nadie sabía muy bien lo que era, pero funcionaba con una alta dosis de efectividad; todos sabían muy bien

La Iglesia, por amor a Dios y a sí misma, debe tener paciencia histórica y no permitir que las precipitadas condenas de hoy tengan que ser rechazadas mañana.

cómo habian de comportarse cuando la oían decir de alguien. También fue una palabra tabú la palabra "protestante" en algunos países y horas del catolicismo preconiliar; y ese solo calificativo desautorizaba inapelablemente, sin posibilidad de reflexión ni de diálogo, muchas reivindicaciones sensatas (como por ejemplo la liturgia en lenguas vernáculas) que luego impuso el Vaticano II. Lo fue en otros momentos la palabra "modernista" y ella sola justificó atrocidades morales²¹ y aberraciones científicas que ninguna razón conseguiría justificar, y que han ensombrecido el rostro de la Iglesia moderna... Las palabras-tabú son además indesenmascarables, porque todo el que actúa contra ellas confirma por eso mismo el mecanismo que ellas desatan.

En nuestro caso, la resistencia de un sector eclesial a la llamada del Espíritu para nuestros días, referente a la Iglesia de los pobres, o el afán de borrar las palabras de Bossuet antes citadas, están actuando en el inconsciente de un sector de la Iglesia, a través del tabú inyectado a la palabra comunista o marxista. El funcionamiento es bien simple, mientras el papa se consume exigiendo "reformas audaces," "cambios valientes" hacia la justicia y en favor de los pobres de la tierra, el inconsciente eclesial queda paralizado en estas otras "evidencias" nunca sacadas a la luz, no ya por un psicoanálisis, sino ni siquiera por un examen de conciencia, *cualquier cambio lleva al comunismo; cualquier cambio es comunismo*. Y así todo acaba por estar justificado contra quienes, en nombre de Dios y de Cristo, reclaman simplemente "cambios radicales." Puebla fúe notablemente lúcida el denunciar esto, y en ella me apoyo.²²

Lo que yo puedo aportar aquí es la confirmación de que todo este mecanismo no es nuevo. En otro lugar he citado ya un artículo de Federico Ozanam, nada menos que de 1848, en el cual dirigiéndose al clero lo apostrofaba, vuestro lugar está entre los pobres, y no os asustéis si por ello os llaman *comunistas*, pues también a San Bernardo le dijeron que era un iluminado.²³ Más reciente tenemos el ejemplo del Cardenal Manning cuando la clamorosa huelga general de 1899 en Inglaterra. "El fin de la vida no es aumentar el número de balas de algodón," sostenía el car-

denal. Y ante las acusaciones del sesudo *Times*, ante la acusación del empresariado —"Eminencia lo que Ud. dice es socialismo"—, el cardenal se limitó a responder: "Lo será para Ud. para mí es simplemente cristianismo."²⁴ Que es lo que hoy podrían contestar también muchos teólogos de la liberación.

3.2. La condena como forma de autodefensa

Por todas estas razones pienso que la condena que hoy se le quiere arrancar a la Iglesia, contra ese supuesto "comunismo" y en nombre de la libertad, se hace en nombre de aquella libertad que Pablo repudiaba como "excusa para el egoísmo" (Gal 5,13). Pretende "quitar de en medio al justo porque su presencia resulta insoporrible" (Sab 2,12.15). Y tampoco es nuevo este tema en la historia de la Iglesia. A lo largo de ella pocos grupos han esgrimido más la autoridad de Dios y han celebrado más los golpes del castigo divino contra sus enemigos (¡enemigos políticos muchas veces!) que el grupo jansenista en los momentos cuando tenía en Roma protectores influyentes y posiciones estratégicas ventajosas. Pocos grupos fueron luego menos obedientes y más cínicamente sutiles en sus excusas que el grupo jansenista, cuando las declaraciones del magisterio se volvieron por fin contra él. Pero ahora no se trata de evocar su desobediencia. El resultado de ese celo por la autoridad de Dios, es este comentario estremecedor del protestante Jurien sobre los jansenistas: "so pretexto de vengar a Dios de las injurias que se le hacen, esto señores satisfacen sus pasiones particulares."²⁵ No otra cosa es lo que está ocurriendo hoy con muchos de los que pretenden arrancarle a la Iglesia condenas con que "vengar" también a Dios de las injurias de estos supuestos "comunistas." Porque como luego comentaremos, y como reconocía la Comisión Teológica Internacional en el prólogo a su declaración sobre la teología de la liberación, detrás del documento "de estudio," hay algo más que estudio; hay "mucho ira," si vale esta mala parodia de Tácito.

A veces, el inconsciente o la ingenuidad ya habitual, tienen un descuido, y la gente puede

percibir que, como el rey de la parábola, los que decían ir vestidos de Dios, caminan en realidad desnudos. Son momentos en los que uno al menos puede sonreír. Como ocurrió durante la conferencia de Puebla, cuando aquel periódico apareció con grandes titulares: "La teología de la liberación daña... a la Empresa!" O como ocurrió en 1610 cuando el italiano P. De Nobili fue acusado por un hermano suyo jesuita ante la inquisición de Goa, fue condenado por ésta y criticado en Roma por el general de la Orden y por el cardenal Bellarmino. El verdadero fondo de la cuestión salió sin querer a la luz cuando el patriarca de Goa, ya envalentonado con las condenas, tronó contra De Nobili porque quería "echar de la India a los portugueses," según él.²⁶ Dios y la pureza de la fe jugaban allí mucho menos papel de lo que en Roma pensaron, el verdadero objeto del conflicto era... el imperio portugués.

Y todas estas advertencias se vuelven hoy más graves, porque en la Iglesia actual estamos asistiendo a una nueva "caza de brujas." No hay que sorprenderse de esto. Así como el movimiento de apertura tras el Vaticano II, aunque era enormemente positivo trajo consigo (y quizás debido a las resistencias) una serie de efectos nega-

tivos, ni pretendidos ni previstos (reivindicaciones individuales, abandonos facilitones del ministerio, sensaciones de pérdida de identidad o de desagrupación...) que sorprendieron a muchos, así también, la atención a la identidad cristiana y a la reagrupación de los cristianos, hechas necesarias por el desajuste anterior, están trayendo consigo otro efecto secundario, ni pretendido ni quizás previsto, la caza de brujas. Y las épocas de caza de brujas son utilísimas sobre todo para aquellos que lo que pretenden no es cazar brujas, sino hombres. El hecho es que la tarea del teólogo se ha vuelto de repente dura y agobiante, y que el teólogo tiene a veces la sensación de realizar su trabajo, no en el seno de una madre santa, sino en algún país del este europeo.

Estas características de nuestra hora son las que aconsejan a la Iglesia un máximo de prudencia en su actuación. Y yo pienso que no haría mal en escuchar el celeberrimo consejo de Gamaliel en los Hechos de los Apóstoles: "Dejen en paz a estos hombres y suélténlos. Porque si es cosa de hombres, este proyecto y esta obra se disolverán. Pero si es cosa de Dios no lograrán disolverlos; y no vayan a encontrarse con que están en lucha contra Dios" (Hchs. 5,38-39).



Hoy en día, la asunción de elementos marxistas que de hecho se da en teología de la liberación, no es mayor de la que hay en las tres grandes encíclicas de Juan Pablo II.

Esto sería aprender de la historia. Que puede que, en el fondo, y para un cristiano, sea una cosa bastante parecida a aquello de "creer en el Espíritu Santo."

4. Apéndice: Dar la vida por los hermanos

Como he dicho al comienzo, las consideraciones de este escrito han rehuído deliberadamente el entrar en confrontación con los *contenidos* del Documento atribuido al Cardenal Ratzinger. Pero hay un punto sobre el que sí quisiera decir una palabra para terminar. Un punto que también ha causado no poca sorpresa al comentario escrito por J. Vives. Me refiero al pasaje del Documento, donde se apunta que el dar la vida por los hermanos o el morir por los hombres, de que hablan los teólogos latinoamericanos, sería síntoma de algún orgullo trágico que se pone en el lugar de Dios, puesto que sólo Dios podría morir para dar vida a los hombres.

Argumentación tan desajustada sí que parece víctima de alguna necesidad de condenar a toda costa. Por eso, y porque la argumentación hiera lo mejor que uno cree tener, quisiera terminar con una reivindicación de ese morir "por los hombres." Una reivindicación hecha no para defender a los teólogos de la liberación, sino para defender otra vez a la historia de la Iglesia y a aquellos de sus hijos que efectivamente "murieron por los hombres," y que no fueron prometeos satanizados, sino muestras de lo que el Amor de Dios puede llegar a hacer con nuestros corazones de piedra (cf. Rom 5,5). En defensa pues del P. Kolbe, o en defensa (para llevar las

cosas más hasta el extremo) del P. Damián, que no solamente murió sino que murió *leproso* por los hombres. Y junto al P. Damián, en defensa de otros nombres menos conocidos que el suyo, pero que compartieron su mismo destino, el P. Nicolleau, el P. Lejeune, el P. Edmond, la M. Carolina... todos ellos leprosos entre los leprosos.

Tampoco lo tuvo fácil el P. Damián, pese a que pareciera que su trabajo molestaba menos y amenazaba mucho menos que el de los teólogos de la liberación: se hizo lo posible por sacarle de Molokai "para que descansara," y cuando esto falló, y todavía no había contraído él la lepra, se le prohibió salir para nada de la leprosería, enterrándolo literalmente en vida, y relegándolo al extremo de que para confesarse tenía que ir "solo en su barca hasta hallarse al alcance de la voz del pequeño cabotaje de servicio, desde lo alto del cual uno de sus compañeros escuchaba su confesión en latín y le daba la absolución."²⁷

Si este destino nos desconcierta realmente, quedan como señal de la Resurrección las palabras de Gandhi pocos años después, en un discurso a los estudiantes de Lahore: "el mundo de la política y del periodismo poseen pocos héroes comparables al P. Damián, de los que puedan gloriarse. La Iglesia católica, por el contrario, posee a millares de aquellos que, a ejemplo del P. Damián, se han entregado al servicio de los leprosos. Vale la pena buscar la fuente de semejante heroísmo."²⁸

Yo también creo que ante los nuevos leprosos de nuestro orden económico, y ante el destino



La tarea del teólogo se ha vuelto de repente dura y agobiante. El teólogo tiene a veces la sensación de realizar su trabajo, no en el seno de una madre santa, sino en algún país del este europeo.

de Mons. Romero, ante el de los nuevos mártires, sacerdotes, religiosas, catequistas, responsables de la palabra y aun muchachos, inmolados en América Latina en estos últimos años, no hay que pensar en orgullos satánicos, sino que "vale la pena buscar la fuente de semejante heroísmo."²⁹

Guadalajara, Jal., abril de 1984.

NOTAS

1. Cfr. J. Vives, "Sobre la teología de la liberación." *Sal Terrae*, marzo de 1984.
2. "El error no tendría su parte de verdad si esta verdad fuera suficientemente vivida y testimoniada allí donde corresponde, es decir, en la fe de la Iglesia."
3. El rey de España se indignó por este sermón, cuyo párrafo principal ("todos estáis en pecado mortal por la forma como tratáis a estas pobres gentes...") aparece esculpido hoy en un gigantesco monumento a Antonio de Montesinos (expulsado entonces de la isla), levantado junto al mar en la capital de la República Dominicana. Uno nunca sabe si se trata de una victoria tardía o de un acto de cinismo—ahora que ya no quedan indios en "La Isabela." Pero el hecho es que sigue habiendo otros encomenderos y otros virreyes que están todos "en pecado mortal" por la forma como tratan al pueblo latinoamericano.
4. Cfr. "Un modelo histórico de Iglesia liberadora." En *Este es el Hombre*, Santander: Sal Terrae, 1980.
5. Digo mal llamada porque quien quiera que la conozca sabrá que es mucho más una teología "del cautiverio," una teología "del martirio" y una teología de la "resistencia."
6. Núm. 47: "La economía de mercado libre, en su expresión más rígida, aún vigente como sistema en nuestro continente y legitimada por ciertas ideologías liberales, ha acrecentado la distancia entre ricos y pobres, por anteponer el capital al trabajo, lo económico a lo social."
7. Curiosamente, nadie sería capaz de imaginar un mural de algún pintor polaco en el que apareciera un obispo sosteniendo el cadáver de algún "zar" extranjero (y eso que los ha habido en la historia de Polonia). Y la razón es sencilla: la Iglesia polaca ha sabido estar siempre con su pueblo en la hora de la opresión. Y hemos de añadir que no siempre le ha resultado fácil: cuando en el S. XIX Polonia fue invadida por el zar ruso, católicos y clero se distinguieron entre los resistentes. Gregorio XVI sabía muy bien que la causa era justa. Pero sin embargo, asustado porque los católicos resistentes eran demócratas, y su victoria acabaría por traerle problemas a él en los estados pontificios, ordenó "acatar la autoridad establecida" y con ello dio una tácita licencia al zar para toda clase de torturas y asesinatos. Los católicos polacos siguieron resistiendo hasta que, diez años más tarde, el papa se desdijo de su error y condenó públicamente al zar. Véase D. ROPS *La Iglesia de las revoluciones*, 336-340 (en adelante citado como IR).
8. "Creando todos los misterios que enseña nuestra Santa Madre Iglesia católica, apostólica y romana, bajo cuya fe y creencia he vivido y protesto vivir hasta la muerte, como católico fiel y cristiano."
9. Las otras dos fueron la madre de Napoleón y el músico Ludwig van Beethoven.
10. La primera vez que lo recibió Pío VII, cuando aún no era más que "un muchacho de muy buena familia," Bolívar se negó a arrojarse ante el papa, causando un gran agobio al embajador español quien le había conseguido la audiencia. Y hubo de ser el papa quien echó pelotas fuera, comentándole con humor al embajador, "no se preocupe. Ya se sabe que a estos jóvenes de hoy no les gusta respetar la tradición." Puede verse la anécdota en: *Se llamaba Simón Bolívar*, por un Equipo Pedagógico. Caracas, 1982.
11. *Ibid.* 69.
12. Ver la cita en D. ROPS, IR, II, 431.
13. Ambos textos en D. ROPS, IR, II, 199-200 y 382.
14. *Ibid.* 466.
15. Nótese la contextura gramatical, la Iglesia es el sujeto de la frase. Ella es la "agente." No se trata pues de un accidente que le sobreviene a la Iglesia. Pío XI reconocía la misma culpa ("escándalo" la llama), que hoy reconoce Ratzinger, y que, desde entonces, no ha hecho más que empeorar.
16. Nótese la fuerza de estas palabras, dichas por el mismo que acaba de reconocer que a los pobres —a la clase obrera— ya los ha perdido la Iglesia. Es como si el papa reconociese que la Iglesia del S. XX está dejando de ser la Iglesia de Nuestro Señor. Así se comprende la angustia de sus acentos. Y da pena tener que confesar que esto no ocurría sólo con la clase obrera. Cuando en 1866, en la guerra civil de Estados Unidos, triunfó el norte y obtuvieron la libertad siete millones de negros, sólo 300,000 de ellos se declararon católicos...
17. Núm. 327: "No se puede hoy en A.L. amar de veras al hermano, y por tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal, y en muchos casos incluso a nivel de estructuras en el servicio y la promoción de los... estratos sociales más desposeídos."
18. La frase "unir a Cristo y Marx" no es original ni siquiera en su esquema formal. Ya en el siglo pasado, y a propósito de los católicos que eran demócratas, se decía: "no se pueden unir Cristo y Robespierre". Creo que fue H. Heine el autor de la frase.
19. Este detalle no es nada nuevo. Fue ya comentado cuando la aparición de la primera y tercera encíclicas del papa actual, aunque luego haya sido cuidadosamente olvidado. Pero quien crea que exagero, hará bien en volver a leer antes ambas encíclicas.
20. Citado a en D. ROPS, *La Iglesia de los tiempos clásicos*, I. 242.
21. Véase el libro de E. PULAT, *Integrisme et catholicisme integral*, París, 1969.
22. Núm. 92: "El temor del marxismo impide a muchos enfrentar la realidad opresiva del capitalismo liberal."

23. Ver mi artículo: "Marx. Un centenario para pensar." En *Noticias Obreras*, julio 15, 1983.
24. Ver la anécdota en d. ROPS, IR, II, 185.
25. Citado en D. ROPS, *La Iglesia de los tiempos clásicos*, I, 414.
26. *Ibid.* 124.
27. IR, II, 536.
28. Citado en IR, II, 537.
29. A lo largo de todo el artículo he rehuído la confrontación con los contenidos del escrito atribuido a Ratzinger, que me parecen angustiosísimos no sólo por sí mismos, sino porque revelan desoladoramente los límites de la comprensión y del lenguaje humanos: si no se hubiera dado *de hecho*, parecería imposible que cualquier palabra humana pueda ser mal entendida de esa manera. Ahora, al concluir, quiero apuntar, aun sin entrar en los contenidos, dónde está una posible clave de esa malinteligencia. El autor del escrito parece desconocer lo que más veces se ha dicho de la teología de la liberación y lo que más veces ha dicho ésta de sí misma: que es puramente una teología *espiritual*. Su juicio está todo él hecho desde una concepción de la teología como exclusivo *saber científico estructurado*. Su modo de buscar la confrontación quiere ser el que se tendría entre dos saberes científicos. Pero este procedimiento, aplicado a la teología de la liberación, puede equivaler a algo así como juzgar una geometría no euclidiana desde la geometría euclidiana. En cambio, un hombre a quien muchos emparentarían con Ratzinger, pero que siempre ha vivido atento y obsesionado por recuperar la dimensión espiritual de la teología. Urs von Balthasar, pudo escribir ya hace años, y con admirable tranquilidad, casi como una profecía de la teología de la liberación, y en un artículo

titulado precisamente *Teología y espiritualidad*. "(A la generación joven de hoy) no le interesa la justificación personal aislada sino la solidaridad en la esperanza de los hombres, y la realización de esta esperanza. Si por lo primero es antiindividualista, por lo segundo sale al encuentro de la espiritualidad bíblica: el cristianismo no es para predicar ni para recibir sino para realizar. Y no sólo por individuos (como Bartolomé de las Casas o Vicente de Paúl), ni tampoco por minorías aplastadas (como en las reducciones del Paraguay) sino por la entrega de toda la Iglesia al Mundo. Por eso nace una teología política que ya no tiene el sentido de la era constantiniana, donde la Iglesia coincidía con el Imperio y sus sistemas de expansión, ni el de la era moderna donde la Iglesia coincidía con el Occidente y su expansión colonial, sino donde la Iglesia tiene que coincidir con el mundo y, desde este postulado, mirar al punto central de la existencia cristiana en el que ser y deber ser coinciden. No nos precipitemos a descalificar este fenómeno como pelagiano: la pasión de Jesús fue la coronación de un esfuerzo por realizar la *polis* de Dios sobre la tierra y, en este sentido, la vida del que fue 30 años obreiro es toda ella política. No cortemos las alas a una generación que ha tenido sensibilidad para descubrir como insoportable la separación entre Teología y Espiritualidad, entre contemplación y acción, entre Iglesia y Mundo." Cf. *Gregorianum*, 1969, 50 571-86 (la cita algo resumida la tomo de *Selecciones de teología*, 1974, XIII, 142).

Estoy seguro de que todos los teólogos de la liberación que se sentirán espantosamente calumniados (no hay otra palabra) por el escrito atribuido a Ratzinger, se encontrarían identificados por estas palabras de Urs von Balthasar. ¿No es este un aviso importante?

